

Mujeres y Lenguajes

Florencia Bernhardt

Introducción

Es conveniente recordar que los estudios de mujeres¹ se divulgaron académicamente a partir de los años 80 y lograron grandes avances en dicho campo. La mayoría de estos estudios partió de un interrogante que consistía en la pregunta por el significado de los estudios sobre la mujer, es decir, la interrogación acerca del sujeto y del objeto de estudio que se constituirían en las investigaciones sobre género.² Mientras que los estudios de mujeres han avanzado y construido áreas específicas dentro de los feminismos, en lo que concierne a la lingüística, no se encuentra una preocupación concerniente a los estudios de mujeres ni de género. Son recientes los aportes de corrientes provenientes de la etno y la sociolingüística que toman como centro de su preocupación la construcción, en estos casos discursiva, que se hace en torno de las mujeres, aportes más cercanos a interacción verbal que a la problemática del sujeto.

Es posible observar que los estudios y las prácticas lingüísticas habituales en las escuelas, en los profesorados de educación superior y en las universidades, no consideran, en los programas de estudios del lenguaje, el estudio particular de lenguajes de las mujeres ni de género. Este problema está originado por la propia disciplina, en términos amplios, la lingüística, y a su vez, se inscribe en otro tipo de problemática que es la constitución histórica de cada una de las disciplinas académicas que han invisibilizado el sujeto “mujeres”, por lo que el problema obedece a su constitución

¹ No interesa acá reproducir el debate sobre la denominación de este tipo de estudios, las diferencias entre los planteos del feminismo, de los estudios de mujeres o de género serán contemplados cuando el desarrollo lo amerite.

² Me remito al artículo “El lugar de la mujer” publicado en otoño del 2003 de esta revista. En ese artículo se presenta una introducción a la problemática del objeto y del sujeto a partir de la primera y la segunda etapa de los estudios de género, particularmente la cuestión de la mujer como objeto de intercambio económico y de deseo.

histórico-ideológica. Son importantes los avances que las disciplinas revisadas desde el feminismo han logrado en el campo de aplicación y de enseñanza, pero no es habitual encontrar los estudios de mujeres y de género en la práctica académica fuera de las universidades o de grupos específicos y hasta cerrados. Puede resultar curioso encontrar estudios de esta clase por fuera de áreas académicas universitarias específicas, en particular su enseñanza en el campo del lenguaje es nula fuera del tratamiento que recibe en seminarios feministas o de género, las mujeres somos y estamos excluidas; lo que quiero decir es que un programa de lingüística no considera esta problemática, cuando se habla del sujeto lingüístico, las mujeres suponemos estar representadas bajo un genérico totalizador de "sujeto" que, en verdad, responde a modelos masculinos o a formas cuestionables de neutralidad; aún en la categoría de sujeto cultural que emerge del análisis de los discursos, debemos hacer un esfuerzo de interpretación para vislumbrar si hay detrás de esos sujetos una correspondencia con el sujeto femenino o una consideración por las diferencias de género, por lo que parecería que ni a la lingüística ni el análisis del discurso se han planteado la existencia de dichos sujetos.

Uno de los intereses que persigue este texto es identificar y reflexionar acerca de la exclusión de las mujeres en las doctrinas lingüísticas y del discurso más difundidas en el siglo XX, siglo fundamental para los estudios sobre el lenguaje y para la constitución de las teorías de la semiótica y del discurso. El fundador de la lingüística, Ferdinand de Saussure, estableció una serie de leyes y mecanismos de funcionamiento de la lengua, materia de la lingüística, construyó y otorgó a la lengua el estatus de ciencia porque le otorgó un objeto de estudio entre los hechos del lenguaje: la lengua, y partir de ella, formuló las reglas de su funcionamiento, sistematizó lo que antes era materia oscura y desconocida.

Los estudios posteriores se desarrollan gracias a los pilares que planteó De Saussure, específicamente Emile Benveniste continúa y reformula la tarea saussuriana, plantea la noción de sujeto del lenguaje, lo que da origen a la teoría de la enunciación, la emergencia del sujeto a través de la lengua. Pero una vez planteados, primero el objeto y posteriormente el sujeto, encontramos que ni uno ni otro trabaja sobre nociones que mencionen o dejen prever la emergencia de un sujeto del género por lo que estas teorizaciones, como sucede en otras disciplinas del campo social, invisibilizan a las mujeres. Este primer problema está vinculado, por ende, a la conceptualización de sujeto que planteó occidente, un sujeto racional, consciente, universal, inquestionable, verdadero y masculino.

En este artículo se buscará fundamentar que la relación sujeto-objeto en la semiología francesa desde su fundación hasta los planteos más recientes cerraron el camino para la consideración de un sujeto del género. La selección de autores responde a que De Saussure organizó el pensamiento de la semiología francesa y los otros -Benveniste y Greimas- constituyen el grupo denominado Escuela Francesa o la semiolo-

gía de la segunda generación, cuyos aportes son fundamentales para la pregunta por la entidad del sujeto. A partir de ellos queda establecido que el sujeto es una construcción lingüística o es un sujeto del lenguaje, primero negado por la lingüística tradicional en pos del objeto lengua, luego surgido del discurso, es decir, manifiesto a partir de las condiciones subjetivas de la producción discursiva, pero como sujeto lógico, racional o inteligente, un sujeto del *logos*, (y por último un sujeto que se manifiesta pasionalmente, es decir, un sujeto del *pathos*), pero no un sujeto del género.

En los presupuestos filosóficos de la teoría de la enunciación, es decir, en la noción de sujeto no diferenciado y en la de homogeneidad de sentido que reducen a la unidad el objeto transcendental, se hace evidente la imposibilidad de constituir un sujeto en devenir que pueda expresar diferencias de género. El sujeto, al ser un universal abstracto, queda excluido de la realidad de cada hablante, particularmente de la experiencia y de la individualidad.

Es indudable que si la lengua nos constituye como sujetos, no constituye solamente sujetos hombres, por lo que deberán establecerse las diferencias de género en la estructura lingüística y en la discursividad, evidentes en todas las otras prácticas de la cultura y, a su vez, determinadas por el lenguaje. Si la lengua nos constituye como individuos, no podemos desconocer que los individuos somos diferentes a pesar de la aparente neutralidad de género que los teóricos del discurso ofrecen en los estudios.

Desarrollo

El marco teórico desde el que se partió anticipaba las críticas a las lecturas que se realizan más abajo. Fijaba que el sistema de sexo-género no fue contemplado en la formulación de las teorías de la lengua ni en las del discurso, como sucedió en todos los sistemas de abordaje teórico en el campo de la filosofía, el psicoanálisis, la historia y la antropología.

La lengua, a pesar de ser el aspecto social del lenguaje, conforma una estructura ahistórica social, y no se formula a partir de una relación entre sujetos que comparten una lengua. Este modelo -lingüístico- es el que toma el estructuralismo en la antropología de la mano de Lévi Strauss, y con el que se pueden establecer lazos importantes con el psicoanálisis freudiano. El efecto de la estructura de la lengua nos conformará como individuos parlantes, es decir, la lengua es el reticulado que produce sujetos de la lengua, por fuera del género. Los estudios marginales del estructuralismo, de la mano de Emile Benveniste, van a plantear hacia la década del 60, que somos sujetos de una lengua apropiada en un discurso. Justamente, el corrimiento epistemológico que provoca la llamada Semiología de la Segunda Generación es el hecho de producir una noción de discurso que recupera la lengua y la manifiesta discursivamente como consecuencia de la apropiación de un sujeto en relación con otros. También, otros enfoques provienen de los supuestos semióticos peirceanos que

tampoco consideraron la emergencia de un sujeto en la circulación de la semiosis social.

Los estudios posteriores del análisis del discurso se amplían notablemente y se desarrollan en diferentes corrientes y escuelas pero sigue vacía la categoría que nos ocupa. Si la lengua nos constituye como sujetos ¿constituye solamente a los sujetos como hombres? ¿no hay diferencias en la estructura lingüística respecto de las diferencias entre hombres y mujeres? ¿no se traducen las sujeciones de género a la lengua o a la discursividad y sí se traducen o producen formalmente diferencias en todas las otras prácticas de la cultura? Si la lengua nos constituye como individuos, no podemos desconocer que los individuos somos diferentes a pesar de la aparente neutralidad de género que los teóricos del discurso ofrecen en los estudios.

1ª parte: el objeto sin sujeto

Las teorías del signo de la tradición filosófica no mencionan la idea de sujeto del signo sino de objeto representado en el signo. El signo es una cosa que representa a otra cosa. “La idea es signo de aquello de lo que es idea: la idea es signo de su objeto, la idea de rosa es signo de la rosa (...) aunque el objeto no exista independientemente de la idea, la idea representa el objeto como algo distinto de sí; la idea es una cosa que representa otra cosa, sea cual fuera el *status*, real o ideal, de esta otra cosa.”³

Se puede decir que de la concepción del sujeto que se tiene depende la concepción que se tiene del lenguaje. En las concepciones del lenguaje que acompañan a la concepción clásica de sujeto, si el acento recae sobre el objeto se trata de una teoría “realista”, si cae sobre el sujeto, será “nominalista”. La posición realista identifica la representación con el referente, de tal modo que el signo es el nombre de la cosa⁴. La representación es transparente. La posición opuesta, el nominalismo, acentúa la representación en relación con el sujeto. El acto de representar significa constituir un significado para el sujeto, y el signo, así, es opaco respecto de la cosa. Surge una reflexión sobre la estructura de los signos, algo que no existe en el realismo y se considera a la representación como independiente de la cosa y dependiente del sujeto.

De Saussure, en cambio, pasa por alto el problema de la representación y privilegia la cuestión semiológica con relación a un objeto, es decir, suspende el problema de saber si la representación atañe al sujeto o al objeto y reflexiona acerca del hecho simple de que la gente habla.

³ F. Récanati, *La transparencia y la enunciación*, Bs. As., Hachette, 1981, p. 16.

⁴ Este problema está referido en el verso inicial de “El gólem” de Borges: “Si (como el griego afirma en el Cratilo) / El nombre es arquetipo de la cosa, / En las letras de *rosa* está la rosa / Y todo el Nilo en la palabra *Nilo*. / ...” .

La teoría saussuriana estudia un sistema particular de signos: el signo lingüístico. Se trata de una teoría diacrítica, relacionista, cuyas dualidades, que atraviesan todos los conceptos teorizados por él, se suponen recíprocamente. El interés de De Saussure por dotar de estatuto científico a la lingüística lo lleva a fundar un objeto específico para esta disciplina que consiste en la lengua, partiendo de la premisa de que el lenguaje es un objeto doble, constituido por un aspecto aislado científicamente, la lengua, y por un aspecto empírico, individual, el habla, que dejará fuera del estudio, es decir, la actividad lingüística (de los sujetos), que considerará aleatoria, accesoria.

“Al separar la lengua del habla (*langue et parole*) se separa a la vez: 1º, lo que es social de lo que es individual; 2º, lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental. (...) “La lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación, y la reflexión no interviene en ella más que para la actividad de clasificar (...) El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad y de inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1º, las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; 2º, el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones.”⁵

Con la separación de estos aspectos De Saussure va a dejar caer en el habla la subjetividad individual, y la lengua va a constituirse en un principio de clasificación.

“A partir del código = sistema y al amparo de la pretensión de la objetividad descriptivista es expulsada, de la instauración de la propia significación, la subjetividad individual, y en consecuencia, todo lastre de materialidad. (...) Es el sujeto social que desde afuera del sistema se convierte en el garante del significado a partir de la postulación de un tácito contrato social, compartido, eso sí, por los sujetos de una misma comunidad lingüística”⁶.

Para De Saussure, la lengua constituida en un sistema cerrado (en el sentido de autosuficiente) e inmanente, se compone de unidades llamadas signos, que no relacionan ningún *objeto* o *cosa* de la realidad con una palabra sino que “lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre sino un concepto y una imagen acústica”⁷, y el lazo que los une es *arbitrario*, en el sentido de inmotivado. La *arbitrarie* -

⁵Ferdinand De Saussure, *Curso de lingüística general*; Bs. As, Losada, 1984, p. 57.

⁶Lidia Ciamberlani y Silvia Zerrillo, “Las lecturas de la semiótica en torno a la cultura y la comunicación”, Documento de cátedra de Semiótica de los medios II, Bs. As., Fac. de Ciencias Sociales, U.B.A., 1989. Se desprende de este trabajo y de otros de este tipo que todavía hacia los 80 se pensaba un sujeto social neutro, o motivado por las condiciones de producción que se no contemplaban las diferencias de género: el sujeto es social, está inmerso en una comunidad de la que provienen los sentidos pero sin planteos de género.

⁷F. De Saussure, op. cit., p. 128.

dad y la *diferencia* constituyen el punto de sustentación de su postura semiológica. La relación de los signos entre sí es de carácter opositivo, diferencial y adquieren valor en el sistema mismo. De la misma manera que no hay ideas que preexistan a las palabras (en el sentido de una nomenclatura), los valores de los signos están establecidos por el sistema lingüístico. La significación del signo proviene, por un lado, de la relación de los aspectos significante y significado, y por otro, proviene de la relación del signo con los otros signos del sistema; es decir, no proviene de las relaciones entre sujetos, aunque considere que es la masa parlante la que mantiene viva a la lengua.

Patrizia Violi⁸ hace una revisión crítica sobre las teorías que fundan el lenguaje, y si bien no logra organizar una propuesta que concretamente se aleje del todo de los modelos cuestionados⁹, coincidimos con ella al afirmar que la cuestión del sujeto es el nudo central para la reflexión en los estudios de mujeres una vez elaborada la fase de la crítica, específicamente para los estudios de la lingüística y de la filosofía del lenguaje, puesto que no se puede reflexionar sobre el lenguaje sin presuponer una teoría del sujeto, explícita o implícita.

Para Violi, entonces, el punto de partida de su reflexión es que una teoría del lenguaje es una teoría del sujeto, tanto para los lenguajes representacionistas, cuya función es servir de instrumento para la expresión del pensamiento como se vió anteriormente, como para los lenguajes de base comunicativa, como es el caso de la escuela francesa del discurso (Benveniste). En el caso de De Saussure, al ser la lengua el objeto fundamental y el único posible de reflexión, relega el habla al dominio empírico, por lo que le impide constituirse en materia de reflexión o conocimiento científico. La constitución del objeto de la teoría saussuriana marcó su propio límite y descartó al sujeto de la constitución del lenguaje.

Violi ve una relación de analogía entre el planteo de F. De Saussure sobre la concepción de la lengua y el de S. Freud respecto de la estructura del inconsciente realizada bajo los ejes de similaridad y contigüidad y la estructura de la lengua; también observa que Jakobson trabaja la organización lingüística bajo los ejes análogos a los mencionados de similaridad y contigüidad. Estas analogías permiten señalar la caracterización no consciente del sistema, lo que significa que el sujeto hablante es excluido de la lengua “que en su estructura refleja, en todo caso, la estructuración inconsciente, pero no la forma explícita de la subjetividad realizada.”¹⁰

⁸ P. Violi, “Sujeto lingüístico y sujeto femenino”, en *Feminismo y teoría del discurso*, Madrid, Cátedra, 1990, Giulia Colaizzi ed.

⁹ Ver Rosa M. Rodríguez Magda, *Foucault y la genealogía de los sexos*, Barcelona, coedición de Anthropos Editorial de Barcelona y Universidad Autónoma Metropolitana de México, 1999, pág. 124.

¹⁰ P. Violi, op. cit., pág. 129.

De esta manera queda asignada la noción de habla o *parole* al dominio empírico del individuo, es decir, fuera de la teoría de la lengua o *langue*, noción que pertenece al sistema como categoría de objeto que no puede “ser incluido en el sistema lingüístico, que se organiza como una estructura inconsciente, determinada social, pero no subjetivamente. El sujeto hablante y su consciencia lingüística no encuentran así ningún espacio dentro de la teoría, que hipotetiza una lingüística del habla pero luego no la desarrolla, casi preguntándole su pertinencia a disciplinas vecinas como la psicología o la sociología.”¹¹

Otra consecuencia advertida en esta conceptualización vacía de sujeto es que en sí misma marca el límite de la teoría del signo y la imposibilidad de pasar a una teoría del discurso en tanto el blanco del sujeto impide llegar a la frase, lugar de la *parole*. Al no existir sujeto no existe sintaxis y la frase se limita al sintagma.¹²

2º parte: la aparición del sujeto

A partir de relecturas que comienzan a realizarse de la obra de Saussure entre otros, “(...) en la periferia del estructuralismo oficial las teorías lingüísticas marginales, como la de Guillaume y Benveniste, comenzaron a interesarse por los fenómenos de la enunciación y, más en general, por las condiciones subjetivas de la producción de secuencias lingüísticas y de su significación.”¹³

En un artículo de 1969, Emile Benveniste¹⁴ va a retomar la preocupación tanto de De Saussure como de Peirce respecto de una ciencia de los signos, a partir de la pregunta por el estatuto de la lengua entre los sistemas de signos. Si bien Peirce no formula nada específico en lo que se refiere a la lengua ya que para él la lengua se reduce a las palabras y son ciertos tipos de signos -símbolos o indicios- que no participan de una categoría distintiva o de una especie constante, su teoría termina siendo circular en el sentido de que un signo remite a otro signo y de ahí a la multiplicación al infinito que implica la semiosis.

Respecto de De Saussure no quedaba establecido, en el sentido de fundamenta-

¹¹ P. Violi, op. cit., pág. 129.

¹² Será la gramática generativa, fundada en datos lingüísticos sobre la actividad del sujeto, la que se ocupe de la sintaxis del sujeto, que se constituirá finalmente en el sujeto del enunciado y no de la enunciación, es decir, el trabajo de esta escuela y su influencia posterior van a trabajar con parámetros ajenos a los que se están buscando; su organización comporta otras dificultades que exceden momentáneamente los límites de este trabajo.

¹³ Herman Parret, “Decir las propias pasiones” en *De la semiótica a la estética. Enunciación, sensación, pasiones*, Edicial, Bs. As., 1995, p. 35.

¹⁴ E. Benveniste, “Semiología de la lengua” en *Problemas de lingüística general*, México, S.XXI, 1978, tomo 2.

do, el lugar que ocupa la lengua en relación con los otros sistemas de signos:

“La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc., etc. Sólo que es el más importante de todos esos sistemas.”¹⁵ Benveniste, en su interés por situar a la lengua, va a trabajar sobre la noción de sistema y sobre los principios que afectan a las *relaciones entre sistemas semióticos*. El primer principio dice *que no hay redundancia entre sistemas semióticos*, es decir, cada signo significa en el interior de su propio sistema (no se puede decir lo mismo con música que con palabras). De este principio se desprende otro que dice *que el valor de un signo se define en el sistema que lo integra porque no hay signo transistemático* (el significado del color del semáforo no tiene nada en común con el de una vestimenta o una bandera).

Pero que los signos no sean convertibles ni transistemáticos no implica que no se relacionen entre sí. Los sistemas semióticos no pueden ser interpretados por sí mismos pero sí pueden ser interpretados por otro. Este lugar va a estar asignado a la lengua. *La lengua va a ser el sistema interpretante por excelencia de todos los sistemas semióticos de la sociedad*. Entonces, la lengua sostiene un principio de jerarquía en la clasificación de los sistemas semióticos. La sociedad es el interpretado de la lengua.

La razón por la cual la lengua es el sistema semiótico interpretante de todo sistema signifiante se debe a que la lengua investiga una doble significancia: *semiótica* y *semántica*. Lo semiótico corresponde al modo de significancia propio del signo, tal cual De Saussure planteó (la identificación del signo a partir del criterio de la diferencia). Lo semántico corresponde al modo de significar de las relaciones entre las unidades o los elementos de un discurso, que requieren de la referencia. Cada discurso crea su propio sentido, y este sentido no se produce por la suma de signos sino que es concebido globalmente. La significación es producida a partir de una relación entre sujetos. Se trata de la *enunciación*, es decir, de *la emergencia del sujeto en la lengua que se manifiesta en el enunciado*. Este modo de significación debe ser comprendido, interpretado (a diferencia del primero que debe ser reconocido), y es abordado por el análisis del discurso. Se trata de la incorporación del sujeto del lenguaje.

La lengua, entonces, es el único sistema que posee los dos modos de significación, tanto semiótica como semántica, y cada modo requiere de un abordaje distinto. Los demás sistemas son semióticos o son semánticos, de ahí el privilegio de la lengua.

Es a partir de la propiedad de la doble significancia que queda instalada la subjetividad en el lenguaje, específicamente, en el discurso. La posición de Benveniste es

¹⁵ F. De Saussure, op. cit., p. 60.

en contra de una noción de lenguaje utilitaria y nomenclaturista que se desentiende de la problemática de la constitución del sujeto. “Es en y por el lenguaje que el hombre se constituye como sujeto.”¹⁶ Se trata de la *subjetividad lingüística* que se determina porque cada locutor se pone como *sujeto*, como *ego*, y plantea otra persona “tú” a la que le habla. “La polaridad de las personas, tal es en el lenguaje la condición fundamental, de la que el proceso de comunicación, que nos sirvió de punto de partida, no pasa de ser una consecuencia del todo pragmática.”¹⁷

En la enunciación el sujeto se manifiesta discursivamente al apropiarse de la lengua en un acto de realización individual. Se instala como locutor (yo) e instala a un otro bajo la forma de tú. *La presencia del locutor en la enunciación hace que cada instancia del discurso se constituya en un centro de referencia interna* manifestada por formas específicas (deixis) y procedimientos accesorios (en términos amplios, la modalidad).

El carácter lingüístico de la subjetividad queda demostrado a través de tres argumentos que esgrime Benveniste:

El primero consiste en la instalación del *sujeto* en el acto de decir. A la vez que se instaura como *yo* sujeto de la enunciación, instala al *tú*. La enunciación tiene una estructura dialógica. El segundo consiste en la organización *espacial* en referencia con la instancia enunciativa. El tercero consiste en la organización de la *temporalidad* con referencia con la instancia enunciativa.

La enunciación es el proceso de surgimiento del sujeto, del espacio y del tiempo en el discurso, es decir, Benveniste considera las condiciones de producción de enunciados, no los enunciados en sí mismos. El modo de abordar este trabajo en el discurso se llevará a cabo a través de índices específicos (índices de ostensión del sujeto) y procedimientos accesorios (a grandes rasgos, las modalidades). En la lingüística de la enunciación el sujeto no concebido (dejado de lado o descartado) por De Saussure, se hace manifiesto en el proceso de producción de discursos. Se trata de un sujeto que emerge del texto, que se produce en el discurso por acción y efecto del lenguaje.

Los señalamientos a la conceptualización de sujeto que promueve Benveniste son de distintos órdenes, en principio, supone la idea de sujeto universal, es decir, el proceso de subjetivización de la lengua se lleva a cabo sin mediar las condiciones de producción de género. El yo que instaura un tú no manifiesta otros órdenes cultura-

¹⁶ Emile Benveniste, “De la subjetividad en el lenguaje”, op. cit., p. 180, tomo 1.

¹⁷ E. Benveniste, “De la subjetividad en el lenguaje”, op. cit., p. 181, tomo 1.

les en el proceso de la subjetivación; el principio de la doble significancia de la lengua, semiótica y semántica, toma, sin descartar, el nivel de lengua como objeto heredado de la tradición estructuralista, vacío de sujeto, por lo que la emergencia de la subjetividad resulta de una herencia negadora del sujeto, aunque Benveniste recompone los planos de la lengua y del habla a través de la noción de enunciación; también Benveniste sostiene la enunciación en el diálogo interrelacional entre yo y tú sin considerar diferencias de género; por último, si el principio que establece que la sociedad es el interpretado de la lengua, es decir, que la lengua articula los demás sistemas semióticos de la cultura, ¿qué lugar social se está asignando a una significación que no contempla las diferencias de género?

El planteo de Benveniste en lo que respecta a la idea de sujeto resulta abstracto, es decir, universal y general, en el sentido de que remite a los presupuestos teóricos de la filosofía husserliana: “en ésta todo acto significativo es el resultado de una conciencia fundada en el yo trascendental; el discurso y el sentido siempre derivan de un juicio, de un acto de predicación del sujeto que `se pronuncia´ sobre algo. El objeto se construye por la conciencia, que es conciencia juzgadora de un yo trascendental (...) que coloca al mismo tiempo al objeto y al sujeto: según Husserl es efectivamente la conciencia la que constituye objetividades exteriores; de hecho, el objeto existe sólo en el momento en el que el yo, en cuanto principio sintetizador, le permite existir a través de un acto de juicio...”¹⁸. Este yo homogéneo, en el sentido de que no puede ser un sujeto diferenciado, no puede, por lo tanto, expresar la significación heterogénea, “no podrá expresar nunca un sujeto sexuado, dado que su trascendencia la constituye como instancia universal y abstracta, fuera del ámbito de lo diferenciado.”¹⁹

El propio Benveniste sostiene²⁰: “La subjetividad que aquí tratamos es la capacidad del locutor de plantearse como `sujeto´. Se define no por el sentimiento que cada quien experimenta de ser él mismo”²¹ (sentimiento que, en la medida en que es posible considerarlo, no es sino un reflejo), sino como la unidad psíquica que trasciende la totalidad de las experiencias vividas que reúne, y que asegura la permanencia de la conciencia. Pues bien, sostenemos que esta `subjetividad´, póngase en fenomenología o en psicología, como se guste, no es más que la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje. Es `ego´ quien *dice* ego. Encontramos aquí el fundamento de la `subjetividad´, que se determina por el estatuto lingüístico de la `persona´”.

¹⁸ P. Violi, op. cit., págs. 133-4.

¹⁹ P. Violi, op. cit., pág. 134.

²⁰ E. Benveniste, “De la subjetividad en el lenguaje”, en *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1985, págs. 180-1.

²¹ El subrayado es nuestro.

Señala Violi que en los presupuestos filosóficos de la teoría de la enunciación, es decir, en la noción de sujeto no diferenciado y la de homogeneidad de sentido que reducen a la unidad el objeto transcendental, se hace evidente la imposibilidad de constituir un sujeto en devenir y, entonces, posibilitado de expresar la diferencia. El sujeto, al ser un universal abstracto, queda excluido de la realidad de cada hablante, particularmente de la experiencia y de la individualidad.

La cuestión del sujeto presenta algunos problemas en cuanto a su conceptualización; uno de ellos tiene que ver con la noción de sujeto que produjo la modernidad occidental, la idea de sujeto cartesiano, consciente, universal y racional, que será tomado en las relecturas de De Saussure. Esta noción que surge en la modernidad no significa que el sujeto es neutro, equivalente a ser humano, sino que se trata de un sujeto racional, transcendental y universal y masculino. Los estudios que se desarrollan en Occidente están limitados, en el sentido de que constituyen su propio límite para otra concepción o para el encuentro de otro modelo de sujeto.

Otro gran teórico de la semiótica, Greimas, va a trabajar la noción de enunciación con algunas precisiones y diferencias con Benveniste, quien consideraba un sujeto del discurso que se manifestaba a partir de las formas del yo.

En *La enunciación, una postura epistemológica*²², Greimas va a explicar que el proceso de enunciación presupone *lógicamente* la existencia de un sujeto.

La enunciación es un acto que siempre comunica, es un enunciado. El enunciado es la frase lingüística, el sintagma más elemental, lo que está dicho o escrito y es comunicado. Tiene una estructura elemental de sujeto, verbo, objeto. Para que el enunciado sea enunciado es necesario que se lo enuncie, es decir, se necesita de la enunciación, y si existe el proceso llamado enunciación, esto presupondría, lógicamente, la existencia de un sujeto de la enunciación (y de un enunciatario).

La enunciación se opone al enunciado, pero posee su misma estructura: sujeto, verbo, objeto. El objeto de la enunciación es el enunciado. En la frase

Yo digo que estoy enfermo

“Yo” es el sujeto de la enunciación, “digo” es el verbo, “estoy enfermo” es el objeto.

El problema que presenta esta frase para la teoría de la enunciación es que posee una enunciación que está enunciada. *No se puede hablar de enunciación sino en la*

²² A. J. Greimas, *La enunciación, una postura epistemológica*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, Cuadernos de Trabajo 21, 1996.

medida en que está enunciada. Se puede conocer algo de la enunciación porque conociendo la estructura del enunciado se puede *presuponer lógicamente* la presencia de otros elementos de la enunciación. La presencia del objeto implica la presencia del sujeto y la relación entre ambos es una *función*.

Greimas parte de considerar, entonces, que la enunciación es un enunciado, y que si uno de los términos es conocido, el otro puede ser deducido lógicamente. La enunciación sólo puede ser conocida en términos de presuposición lógica. El sujeto de la enunciación es un sujeto lógico pero, afirma Greimas en el artículo citado, fue conceptualizado por la lingüística, la literatura y la filosofía como un sujeto ontológico, es decir, como un sujeto exterior al lenguaje.

“La actitud del lingüista es decir, con Saussure, que el discurso, el texto, en la medida en que está manifiesto, es la sola realidad de la cual la lingüística se ocupa. Y entonces ella dice todo lo que quiere decir a propósito de ese texto manifiesto, pero la lingüística dice que ella no pretende que no existan, aparte, otras realidades. Si la lingüística tiene un proyecto de investigación coherente debe atenerse a él y a lo que puede hacer. No se trata de un hombre universal. Ocurre que, como la ciencia se ha erigido en un punto de vista sobre el mundo y no como en una exploración, por todos lados la ciencia se ha convertido en la medida del mundo²³. Cada ciencia es sólo una aproximación al mundo. Por lo tanto, nosotros tenemos una manera propia de aproximarnos pero allí debemos detenernos.”²⁴

Para Greimas el discurso puede comprender un nivel de enunciados constatativos o descriptivos (*La tierra es redonda*), y otro nivel de antiguas enunciaciones enunciadas (*Yo digo/pienso/creo/supongo* que la tierra es redonda). Estos dos niveles presuponen un *tercer nivel implícito* porque el sujeto de la enunciación no puede ser capturado. Los “yo” que se manifiestan en el discurso enunciado son *simulacros* del sujeto de la enunciación: “(...) *¿quién habla* en el discurso? Los diferentes *yo* que podamos encontrar en el discurso son *yo* hablados y no son *yo* que hablan. Porque el yo de la enunciación está siempre oculto, siempre sobreentendido, lo cual es elemental.”²⁵

El tipo de relación que hay entre la enunciación y el enunciado es la relación del todo a la parte, la relación entre dos términos que en la totalidad tiene un plus de significación. No se trata de separar y sumar las dos partes. El enunciado es el *objeto*, una parte, la enunciación es el todo, la totalidad. La relación enunciado/enunciación

²³ El subrayado es nuestro.

²⁴ A. J. Greimas, op. cit., p. 9.

²⁵ A. J. Greimas, op. cit., p. 12.

es una relación del tipo hipotáctica. La enunciación contiene al enunciado.

El sujeto de la enunciación, además de *decir* un mensaje, un enunciado, es un sujeto que transmite un *saber* a un enunciatario. El sujeto de la enunciación subyace a todo enunciado a través de la cláusula “Yo (te) digo que...” dice, designa, una declaración o modalidad enunciativa declarativa. Esta modalidad sostiene toda la actividad enunciativa del sujeto. La modalidad declarativa estará implícita en la enunciación y se manifestará otro sujeto modal en el enunciado a través de formas que significan aserción, duda, orden. Todas las modalidades manifiestas en el enunciado por el sujeto modal, están sostenidas por la modalidad declarativa implícita del sujeto de la enunciación que dice a un enunciatario mientras que implícitamente asegura el proceso enunciativo.

Vemos entonces que con claridad señala Greimas la confusión existente en torno a la cuestión del sujeto para la lingüística y otras disciplinas. Mencionaría dos objeciones, la primera es la confusión que se produjo entre sujeto de la lengua, interno al lenguaje, lógico, y sujeto ontológico, exterior al lenguaje. La lingüística confunde ambos sujetos por lo que debe proceder a diferenciarlos, tarea que la lingüística de la enunciación lleva a cabo. La segunda objeción es que esa actividad lingüística que lleva a cabo un sujeto de la lengua tiene su procedencia en otra realidad que subsume, determina y a su vez está determinada por la lengua, deriva de “otras realidades” al decir de Greimas, pero no son consideradas para la determinación del sujeto. La categoría de sujeto lógico no es satisfactoria para dar cuenta del sujeto de la enunciación, tampoco la de sujeto universal que toma como parámetro la ciencia en general. El enunciado, lugar donde se manifiesta la enunciación, establece relaciones de género que la categoría de sujeto lógico no da cuenta, por lo que resultan insatisfactorias y limitantes, para una conceptualización de sujeto de género, tanto la categoría lógica de la enunciación como la categoría exterior de universal. El sujeto de la enunciación, que dice un mensaje y transmite un saber, está sostenido desde una construcción de género, no desde una construcción de sujeto universal y lógico, lugar en el que parece caer finalmente la enunciación.

3ª parte: el cuestionamiento al sujeto

La afirmación de Greimas acerca de la relación enunciación-enunciado va a ser revisada por H. Parret. El considera que la enunciación ni está en el enunciado (según Austin y otros) ni está presupuesta lógicamente (Greimas). La enunciación es un *efecto* de enunciado, es el suplemento de un cuerpo (el enunciado) y su desciframiento se hará por *transposición*: “Que la instancia de enunciación sea un efecto de enunciado no significa que toda la enunciación sea enunciada. Un *efecto* de enunciado no está presente en el enunciado bajo forma de marcas o señaladores morfo-sintácticos o semántico-sintácticos, sino que debe ser *reconstruido* o descubierto por un esfuerzo de interpretación. Este esfuerzo de interpretación que nos hace descubrir la instancia de la enunciación se refiere, en realidad, a una *transposición de sentido*: se trata,

en cierta forma, del llenado de un espacio *elíptico* por una actividad de *paráfrasis* o, para emplear el término de Hjelmslev, de *encatálisis*.”²⁶

En *La enunciación y su puesta en discurso*²⁷, Parret va a dejar en evidencia la incertidumbre en relación con el estatuto epistemológico del discurso. En particular en el ámbito del estructuralismo, el discurso es el tercer término que subvierte las dicotomías²⁸. El discurso es un texto contextualizado enunciativamente, no es un texto o un enunciado textual, “el discurso no es un texto enuncivo, sino un texto enunciativo: la enunciación es el contexto productor del discurso”²⁹.

El discurso ocupa un lugar de intermediación entre la lengua y el habla y, a diferencia del habla, posee regularidades tanto *lingüísticas* como de distintos *tipos discursivos*. Los rasgos lingüísticos pertenecen a las posiciones del sujeto, espacio y tiempo (rasgos deícticos) y a la modalización (que manifiesta la actitud enunciativa del sujeto respecto de lo dicho).

Los rasgos discursivos “comprenden el conjunto de principios, tipos, estructuras, en constante transformación e interdefinición, que las diversas prácticas discursivas van generando. Así, hay principios, tipos y estructuras que caracterizan y definen, en un momento determinado, aquello que una cultura reconoce, por ejemplo, como ‘discurso literario’, o como ‘discurso histórico’, etc.”³⁰

Parret proporciona siete exigencias epistemológicas para delimitar el enfoque de la discursividad. Para él el discurso está compuesto por las siguientes características: a- está deícticamente marcado, es decir, es histórico porque el sujeto se manifiesta temporal y espacialmente; b- posee sus propias reglas, en el sentido de estrategias de diversos tipos, según los contextos de significación; c- todo discurso es interdiscurso, es decir, interpretativo o apelativo (dialógico) de otros discursos; d- la relación entre discursos es de traducción en el sentido de las interpretaciones o traducciones múltiples que permite; e- las instancias de enunciación puestas en discurso tienen su fuente en la subjetividad enunciante. “No hay discurso sin sujeto (en tanto efecto de discurso), así como no hay análisis de discurso sin reconstrucción de las condiciones

²⁶ H. Parret, op. cit., 1995, p. 38.

²⁷ H. Parret, *La enunciación y su puesta en discurso*, Cruzeiro Semiótico n° 6, 1987, mimeo.

²⁸ “Es aquí, en efecto, donde hay algo delicado en la frontera de los ámbitos de la lengua y del habla. La frontera de la lengua y del habla es cierto grado de combinación” fragmento D 266, R. Godel, *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale*, París-Ginebra, 1957, citado por Parret, op.cit., 987, p. 2

²⁹ H. Parret, op. cit., 1987, p. 3.

³⁰ M. Isabel Filinich, *Enunciación*, Bs. As., Eudeba, 1998, p. 30.

(subjetivas) de producción y de comprensión de los discursos.”³¹; f- toda práctica discursiva es intersemiótica, no hay incompatibilidad entre distintos tipos de semioticias; g- la relación entre el contexto generador y el discurso generado no es pasiva, el discurso es constitutivo de su contextualización, no es el resultado de su contexto.

Hay discursividad en tanto hay *subjetivización y contextualización* lingüística. La *subjetivación* se concreta mediante las operaciones de embrague (presencia del sujeto) y desembrague (ausentificación del sujeto) o shifters que indican las relaciones de la persona, el tiempo y el espacio, pero que no agotan la subjetivación de la actividad lingüística. La subjetividad está presente también en la *competencia modal* de los sujetos enunciantes: “el enunciatario siempre es “imaginable” o “representable” por el enunciador, y es sobre el fondo de estas representaciones, por otra parte recíprocas, entre sujetos enunciantes (en tanto enunciador o en tanto enunciatario) que se realiza la comunicación. Toda comunicación presupone pues, el “reconocimiento” (tanto en el sentido epistémico como deóntico) recíproco de las competencias (específicamente modalizadas) de los sujetos enunciantes.”³²

El sujeto así planteado centra la significación en relación con un *saber* y a un *hacer* (piensa, enuncia, afirma, despliega una actividad cognitiva). Las modalidades mediante las que se expresan las competencias del hacer del sujeto (de su actividad) tienen que ver con el querer, el deber, el poder y el saber hacer. En este sentido, las relaciones entre los sujetos de la enunciación (enunciador y enunciatario) suponen una orientación racional o consciente que descansa en la verdad o en la veridicción de la comunicación.

“Es evidentemente exacto que, a través del discurso, se crean *ilusiones* referenciales y *efectos* de verdad. El lenguaje no “calza” en la realidad como escritura “blanca”, según la expresión de Roland Barthes: la escritura es una pantalla más menos mentirosa destinada a ocultar la realidad y su verdad sub-yacente. Yo no estudiaría, sin embargo, a través de la problemática de la veridicción cómo y en qué “el hombre está en su discurso”.”³³

El sujeto, además de constituirse en la esfera del hacer, también se constituye en el ser. La semiótica actual ha provocado un giro que consiste en pasar del terreno de la acción al terreno del padecer, de la pasión, de la dimensión afectiva o sensible del sujeto. El sujeto en el discurso es un ser de pasión, expresa su vida pasional, está in-

³¹ H. Parret, op. cit., 1987, p. 5.

³² H. Parret, op. cit., 1987, p. 6.

³³ H. Parret, op. cit., 1995, p. 37.

vestido de una competencia pasional que lo aleja de la subjetividad intelectual y lo acerca a la subjetividad afectiva, al sentimiento. En la dimensión del ser del sujeto es donde se manifiestan las pasiones, que se organizan a través de una sintaxis de modalidades. El sujeto pasional que pone en escena el discurso, es sostenido por el sujeto de la enunciación declarativa de base de la enunciación. Habrá, entonces, una enunciación primera, desplegada por el sujeto de la enunciación, y una enunciación segunda que es la puesta de las pasiones en el discurso. Esta segunda enunciación “se configura no sólo por la combinación de modalidades sino además por otro componente, que Fontanille denomina *modulaciones*, y que comprenden un conjunto de rasgos aspectuales y tensivos que acompañan a toda pasión. Las modulaciones, al ser rasgos del plano de la expresión (son el estilo de una pasión), permiten reconocer la presencia de tal o cual pasión...”³⁴

Se diferencian entonces, el sujeto de la pasión del sujeto del hacer. El sujeto de la pasión es un sujeto de segundo grado porque procede o regresa de él. Otra diferencia es que la orientación “impuesta por la modalización es de sentido contrario: en tanto que la modalización del hacer es presupuesta por el hacer (como orientación retrospectiva), la modalización pasional es “proyectada” frente al sujeto durante todo su recorrido, y determina su “devenir” más que su “historia” (...); al contrario de un sujeto pasional, el sujeto del hacer modalizado siempre debe “probarse” mediante la acción antes de ser reconocido competente.”³⁵

Puede reconocerse una pasión a partir del estilo o síntoma que se ostenta discursivamente, y se podrá caracterizar como “tipo” pasional (el depresivo disminuye los movimientos, el ansioso se agita). En función de los rasgos aspectuales y tensivos del estilo pasional (ritmo, tiempo, aspecto, intensidad), “es posible pensar que esos estilos son del orden de la modulación de lo continuo, de las fluctuaciones tensivas del ser. Por consiguiente, es preciso suponer, (...) que la pasión puesta en discurso resulta de la convocación simultánea de magnitudes discretas y categoriales (las modalidades) y de magnitudes continuas y articuladas en un espacio tensivo (las modulaciones).”³⁶

Las modulaciones tensivas serían del devenir, propias de un sujeto cognitivo, lo que significa postular la racionalidad característica de la semiótica estructural; las modulaciones de lo continuo obedecen a un sujeto sensible y perceptivo. Ambas están articuladas. Momentáneamente el componente sensible es conjetural, hipotético. En función de algunos análisis disponibles, parecería que pueden examinarse dos ti-

³⁴ M. I. Filinich, op. cit., 1998, p. 108.

³⁵ J. Fontanille, “El giro modal en Semiótica” en *Morphé 9/10*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1994, p. 64.

³⁶ J. Fontanille, op.cit., p. 67.

pos de articulaciones: las cuantitativas - intensivas (aceleración/disminución de movimiento) y las topológicas (apertura/cierre). Los rasgos aspectuales se derivarán a partir de uno u otro (iteración/perfectividad; incoativo/terminativo).

Las diferencias entre las posiciones de Greimas y de Parret quedan establecidas: para Parret es inconcebible la idea de sujeto lógico porque el sujeto está determinado y es hablado por la pasión. A pesar de que Parret considera un sujeto de la pasión y del saber que se manifiesta en un “ser” y en un “hacer”, estamos más cercanos a las posiciones que plantean un sujeto en relación con la experiencia cultural pero no se marca la crítica en relación con las diferencias de género, por lo que es evidente que el cuestionamiento al sujeto es parcial y no constituye una base o exigencia epistemológica para la noción de discurso. Además, se conceptualiza como un sujeto inscripto en la historia y en su individualidad que, en lo que respecta a la racionalidad, es heredero de la epistemología estructural. ¿Es en la enunciación de las pasiones en el discurso el lugar donde se configurarían los rasgos de género, es decir, por los componentes de las modalidades y las modulaciones, por el estilo de la enunciación del sujeto? si las modalidades son universales y las pasiones son inestables, estaríamos formulando nuevamente características universales para ciertos rasgos del sujeto y el lugar de la individualidad, el del surgimiento del género seguiría siendo un lugar de inestabilidad o de invisibilidad ¿se trata de seguir buscando el lugar en el que estarían ocultos los rasgos de género o se trata de un no lugar nuevamente?

Así como no se encontró un soporte conceptual o teórico que demuestre o conceptualice en el plano de la lengua o en el del discurso marcas de la diferencia, se han encontrado materiales de otras procedencias, referidos a estudios y crítica literaria, que exceden los límites de este trabajo. También se han encontrado materiales que consisten en análisis semánticos de varios tipos y de variadas calidades. Esto y otros trabajos llaman la atención con respecto al género y a la ideología. Uno de ellos, de enorme valor metodológico, lo formaliza Deborah Tannen³⁷ a través de las fuentes que provienen de la sociolingüística. Estudia el conocimiento de convenciones lingüísticas y comunicativas que los hablantes deben tener para iniciar y sostener un involucramiento comunicacional, el conocimiento de convenciones de procesamiento del discurso y normas comunicativas relacionadas que los participantes deben controlar como precondition para ser capaces de sostener una cooperación conversacional, etc.³⁸ El contexto metodológico de su trabajo es el análisis del discurso conversacional.

³⁷ D. Tannen, *Género y discurso*, Barcelona, Paidós, 1996.

³⁸ Los estudios conversacionales trabajan sobre procesos de interpretación situados o limitados por el contexto, en el cual los participantes de un intercambio evalúan las intenciones de los otros, y sobre los cuales basan sus respuestas. Las llamadas pistas de contextualización se detectan a través del código, el dialecto, los procesos de cambio de estilo, los fenómenos prosódicos, las elecciones lexicales y sintácticas, las aperturas y cierres de los turnos de la conversación, las estrategias de secuenciamiento, los signos rítmicos y fonéticos, es decir, vinculados a lo no verbal, etc.

Para ella el estudio sobre género y lenguaje es un campo interdisciplinario formado por especialistas procedentes de la antropología, la educación, la sociología, la psicología, la comunicación lingüística, la literatura, los estudios de mujeres y, en grado menor, los lingüistas. Esta asignación de lugares se debería a que la lingüística constituye un campo muy limitado y además se ha ocupado del análisis formal del lenguaje como sistema abstracto y no del lenguaje de uso de la vida cotidiana, es decir, desde los estudios conversacionales se encuentran las mismas dificultades que hemos señalado y que significan el límite mismo que formuló la lingüística. Para ella, el campo lingüístico no parecería constituirse en un espacio propio de investigación previo al de los estudios interdisciplinarios por lo que toma las nociones de lenguaje sin producir crítica, aparentemente. Su enfoque tendrá una mirada sociolingüística y antropológica del género y del lenguaje.

Aclara que no se interesa por la cuestión sobre los orígenes de las diferencias de género ni de otras diferencias lingüísticas -cuestiones que a nosotros nos han parecido fundamentales- y que considera la socialización o experiencia cultural como la principal influencia en la formación de los modelos de conducta. Los fenómenos de lenguaje a partir de los que trabaja son de lenguaje en uso y no de fenómenos específicamente lingüísticos: se trata de la implementación de estrategias para el uso del lenguaje en situaciones rituales de conversación, lo que supone un uso transaccional del lenguaje y sus formas de dominación.

Otros estudios de interés son los que se conocen como lingüística crítica y estilística feminista. La estilística trabaja sobre la teoría literaria y sobre la lingüística con la finalidad de producir análisis de los textos a partir de modelos lingüísticos. Se apoya en los presupuestos procedentes de las teorías de Chomsky, de Searle y de Halliday, entre otros autores. La revista *Feminaria*³⁹, tradujo y publicó la introducción del libro *Feminist Stylistic* de Sara Mills (Londres, 1995). En esta introducción, Sara Mills explica que tanto la palabra “estilística” como la palabra “feminista” son términos de alta complejidad, que resumen su interés por ejercer una descripción y también un análisis de los textos no literarios, de manera de estudiar cómo se representan los significados de género en la cultura. Coincide en señalar que la mayoría de los análisis de género trabajan especialmente, en análisis de contenido y no proveen estrategias, en el sentido de herramientas, para estudiar las representaciones de las diferencias de género en los textos.

La propuesta de Sara Mills sobre una estilística feminista, consiste en “relacionar el lenguaje de los textos con procesos políticos extratextuales”⁴⁰, propuesta que está

³⁹ *Feminaria*, Año XIII, N° 24/25, noviembre de 2000.

⁴⁰ *Feminaria*, Año XIII, N° 24/25, noviembre de 2000.

precedida por el trabajo de varios autores, entre ellos se destacan Bob Hodge y Roger Fowler⁴¹. Estos autores, procedentes de la sociolingüística, pero fuertemente críticos de la disciplina, trabajan con tres proposiciones sobre el modo de funcionamiento del lenguaje: la primera, es que el lenguaje en uso encarna enfoques específicos de la realidad, es decir, la estructura del lenguaje determina la mirada sobre el mundo; la segunda, es que el discurso está determinado por factores sociales y políticos y sus variaciones “*expresan* activamente las diferencias sociales estructuradas que las provocan”⁴²; la tercera, por último, es que el uso del lenguaje es parte del proceso social, por lo que constituye significaciones y prácticas sociales en contextos interpersonales y sociales efectivos. El lenguaje, para este grupo, es un mediador de las relaciones interpersonales y una fuerza de perpetuación de las relaciones sociales subyacentes. Las conexiones entre la estructura lingüística y la estructura social son fuertes y omnipresentes, “... los agrupamientos y las relaciones sociales influyen en el comportamiento lingüístico (...), esas pautas, socialmente determinadas del lenguaje, influyen en el comportamiento no lingüístico, incluyendo, de manera decisiva, la actividad cognitiva. La sintaxis puede codificar una visión del mundo sin ninguna elección consciente por parte de un escritor o hablante. Alegamos que la visión del mundo les viene a los usuarios del lenguaje de su relación con las instituciones y de la estructura socioeconómica de su sociedad... De manera similar, la ideología está lingüísticamente mediatizada...”⁴³

Cabe, entonces, a partir de estas posiciones, formular la interrogación sobre cuáles deberán ser las condiciones que debe reunir una noción de sujeto pertinente para el estudio discursivo sobre las diferencias de género. Está demostrado que de toda posición sobre el lenguaje se podrá establecer una posición de sujeto; dicho sujeto debe ser estudiado a partir de las condiciones de producción simbólicas de la cultura y, por ende, de la ideología, porque ése es el lugar de su emergencia discursiva como sujeto de la diferencia sexual. La descentralización del sujeto universal y masculino permitirá, ahora, subvertir las dicotomías fomentadas desde el estructuralismo a través de una noción de lenguaje y de discurso propiciado desde el contexto de la diferencia.

Las nociones de discurso y de lenguaje a considerar, no deberán llenar una categoría vacía, ausente del sentido de mujeres o de las diferencias sexuales; por el contrario, la significación proviene de contextos específicos histórico-culturales y no vagos, es decir, la procedencia del discurso está sujeta a una formación histórica, ideo-

⁴¹ La nómina de autores que menciona Mills en este trabajo es muy extensa, la mayoría proviene de la llamada Lingüística crítica (VV, *Lenguaje y control*) y de la sociolingüística en general.

⁴² R. Fowler y otros, *Lenguaje y control*, México, F.D.C.E., 1983, prólogo.

⁴³ R. Fowler y otros, *Lenguaje y control*, México, F.D.C.E., 1983, pág. 247.

lógica y cultural precisa y determinada, que opera como un sistema de sentidos en relación con otros sentidos, es decir, en diálogo múltiple y polifónico.

Conclusiones

Lo que se expuso hasta aquí consistió en revisar las ideas sobre el lenguaje como un sistema inmanente, cerrado y autosuficiente, que dejaba fuera de sí toda presencia del sujeto. Decididamente, era necesaria una primera posición semiótica con pretensión científica para comenzar a teorizar otras, hoy tan alejadas de De Saussure.

Luego, se expuso la problemática de la emergencia del sujeto de la enunciación: la deixis y la modalidad permiten caracterizar al propio sujeto que enuncia su relación con otros sujetos y con el objeto enunciado, pero se omiten las diferencias -culturales- en cuanto al género en pos de una representación universalista: el sujeto se asienta sobre conceptos lógicos racionales y universales provenientes de la fenomenología para fomentar el sujeto cartesiano y que hemos evaluado como limitante. Luego, el giro semiótico apunta a considerar un modelo de sujeto atravesado por la pasión, por las emociones, que se manifiesta en el discurso y que puede ser abordado por una perspectiva enunciativa más amplia, pero neutral.

Una manera de comprender el control que se ejerció y la invisibilidad que dominó las posiciones sobre las mujeres y las diferencias de género en las doctrinas sobre la lengua y el discurso, es a partir del material que desarrolla Michel Foucault sobre el orden del discurso. En un trabajo de 1970, Foucault⁴⁴ elabora la hipótesis de que los discursos están ordenados y controlados por una serie de mecanismos que determinan qué es lo excluido, lo que se incluye y la funcionalidad de las reglas de estos mecanismos en la constitución de un discurso determinado. Estos mecanismos de control son específicos y de distinto orden, prohíben, separan, rechazan lo verdadero de lo falso, clasifican, ordenan. Los mecanismos de exclusión son los poderes del discurso, corresponde a lo que Foucault plantea como lo prohibido, el derecho a no decirlo todo, a no hablar de cualquier cosa, que se manifiesta en el cruce de tres prohibiciones: el tabú del objeto, el ritual de la circunstancia y el derecho de privilegio del sujeto que habla, de modo de constituir un articulado de poder frente a la neutralidad aparente que tiene el discurso y a su vínculo con el deseo. Foucault no está hablando de exclusiones con relación a las mujeres sino a cualquier sistema de excluidos para un orden discursivo dado, dentro del cual estarían las exclusiones al género que se han desarrollado. La constitución de las ciencias de la lingüística no se plantearon hasta épocas muy recientes cuál era el lugar que le correspondía a las mujeres o, en el caso de que les correspondiera algún lugar, no se les dio. Los planteos sobre el lenguaje, aunque fueran sociales, no consideraron que hay diferencias de género, es decir, que el lenguaje nos constituye en sujetos de un discurso,

⁴⁴ Michel Foucault, *El orden del discurso*, Bs. As., Tusquets, 1992 (4ª edición).

que nos apropiamos de un lenguaje ordenador de diferencias de género simbólicamente. El sistema de exclusiones pondría límites entre quienes hablan un discurso y los que no tienen acceso o voz, la relación que se establece entre el sujeto que habla, que se hace presente en el discurso, el objeto abordado por el sujeto que es el tabú para un contexto dado y contexto de ese vínculo.

Otros principios que organizan las exclusiones, son la separación y rechazo, la oposición entre lo verdadero y lo falso organizados en base a contingencias históricas⁴⁵, que se ven fortalecidas por las instituciones. También menciona procedimientos del propio discurso que ejerce control a través de principios de clasificación, ordenación, autores que definen los objetos, métodos, las verdades y las nuevas proposiciones que serán admitidas. El discurso establecido determina las condiciones de utilización, de imposición de reglas para limitar el acceso. Para entrar al orden del discurso hay que satisfacer ciertas reglas, algunas más abiertas que otras que no estuvieron disponibles para el discurso del género.

Foucault va a plantear el interrogante acerca de si ciertos temas de la filosofía no surgieron en realidad para responder y reforzar juegos de limitaciones y exclusiones. Primeramente, estos juegos surgieron para proporcionar una verdad ideal como ley del discurso, una racionalidad y una ética de la verdad. Luego fueron reforzados por medio de una denegación a través de la realidad específica del discurso en general. El pensamiento occidental cuidó de que hubiera la menor distancia entre pensamiento y habla, para que el discurso aparezca entre el pensar y el hablar; de ahí el revestimiento del pensamiento en los signos, de ahí las mismas estructuras de la lengua produciendo un efecto de sentido.

Son prematuras las metodologías para abordar y reformular un tipo de sujeto del género desde esta perspectiva, aunque se sabe que habrá por el momento, bajo cualquier metodología, un excedente de significación y una imposibilidad de encuentro pleno con el sujeto sexuado. El sujeto, lejos de ser una instancia y una posibilidad de reconstrucción ilusorias, está planteado desde las teorías del género. Habrá que manifestarlo en los contenidos teóricos, conceptualizarlo, pero su existencia es evidente. El advenimiento del sujeto procede de las operaciones culturales, ideológicas, inconscientes, es decir, simbólicas, que constituyen al hombre en sujeto que se manifiesta en la lengua. Si la cultura es el lugar en donde lo ideológico se manifiesta más eficazmente a través del lenguaje y las prácticas discursivas variadas -entre otras instituciones-⁴⁶, será ese sujeto fragmentado, alienado, hablado, convocado por el len-

⁴⁵ Lo que nos permite sostener que, el saber del estructuralismo y del posestructuralismo, y también nuestras propias observaciones, no quedarían por fuera de la contingencia.

⁴⁶ Para Edmund Cross el sujeto cultural sólo se expresa en el plano del enunciado, mientras que el sujeto del deseo (del inconsciente) se expresa en la enunciación. Cross, E., "El sujeto cultural", *Sociocrítica y psicoanálisis*, Bs. As., Corregidor, 1997.

guaje el que habrá que conceptualizar como instancia de género en el discurso, deberá manifestar lo que es evidente: las diferencias entre sujetos masculinos, femeninos y de diferentes identidades.

Así, como de la concepción de lenguaje que se tenga habrá una construcción de sujeto o la concepción de sujeto determinará la concepción de lenguaje, según la concepción de género que se sostenga, habrá una concepción de sujeto de género. El feminismo ha entendido que existe una identidad denominada “mujeres”, pero el problema reside en qué se entiende cuando se dice mujeres, cuál es el sujeto que se quiere representar.⁴⁷

Las concepciones más extremas o esencialistas del feminismo están ligadas, necesariamente, a concepciones universalistas de sujeto, mientras que las teorías deconstructivistas plantean sujetos fatalmente deconstruidos. El feminismo dió dos respuestas para la construcción conceptual, una desde el llamado *feminismo cultural o esencialismo*, otra desde el *posestructuralismo o nominalismo*. Estas dos líneas conservan el marco teórico del que surgen, lo que provoca un camino sin salida. Linda Alcoff⁴⁸ va a comentar, entre otras, estas dos líneas de pensamiento. Señala que las posiciones esencialistas son denigrantes de la masculinidad en relación con la valoración de los rasgos femeninos y por el afán de preservar las diferencias de género. En las posiciones más radicales predomina una tendencia ahistórica y esencialista de la naturaleza femenina, y tampoco establecen qué es una mujer. Hay una tendencia a formular que existe una esencia femenina innata, por lo que resultaría universalista y apromblemática de atributos de la mujer, de madre como forma esencialista. El programa de una feminidad redefinida termina poniendo obstáculos en el camino para el desarrollo del feminismo. “... En la medida en que el feminismo cultural sólo da valor a atributos genuinamente positivos desarrollados bajo la opresión, no puede dibujar nuestro curso futuro a largo plazo. En la medida en que refuerce explicaciones esencialistas de estos atributos, está en peligro de fortalecer un importante baluarte para la opresión sexista: la creencia en una *feminidad* innata a la que todas debemos adherir para no ser consideradas inferiores o mujeres no *verdaderas*.”⁴⁹ El esencialismo estaría reproduciendo los modelos universales de sujeto, esta vez femenino en vez de masculino, y sería el parámetro para toda emergencia del sujeto, por lo que resultaría perjudicial adoptar estos valores para una construcción lingüística de sujeto diferente.

⁴⁷ Para esta problemática se sugiere, entre otros aportes, la compilación en 4 tomos de Marysa Navarro y Catharine Stimpson *Un nuevo saber. Los estudios de mujeres*, Bs. As., F.C.E., 1998, 1999, 2000, 2001.

⁴⁸ Linda Alcoff, “Feminismo cultural versus posestructuralismo: la crisis de identidad en la teoría feminista”, en *Un nuevo saber. Los estudios de mujeres*, editado por Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson, Tomo IV: Nuevas direcciones, Bs. As., FCE, 2001.

⁴⁹ Linda Alcoff.: op. cit. pág. 78.

En cambio el *posestructuralismo* señalaría que el feminismo cultural no critica el mecanismo del poder opresivo para perpetuar el sexismo y además lo incluye en su solución. El mecanismo de poder es la construcción del sujeto por un discurso del poder y del saber que lo fuerza y lo ata a su propia identidad. Para el posestructuralismo el sujeto es una construcción no determinada por la biología, el sujeto está sobre-determinado por un discurso social y/o una práctica cultural por fuera del control individual, marcado por la historia, construido dentro de una realidad social y no por intenciones individuales; por lo tanto, el sujeto no puede reflexionar ni desafiar el discurso social. Alcoff⁵⁰ entiende que la visión posestructuralista es nominalista en el sentido de que “la idea de que la categoría *mujer* es una ficción y que los esfuerzos feministas deben ser dirigidos a dismantelar esa ficción. “Quizás (...) la `mujer` no sea una identidad determinable. Quizás la mujer no sea una cosa que se anuncie a la distancia, a una distancia de alguna cosa (...) Tal vez la mujer -una no identidad, no figura, un simulacro- es el abismo mismo de la distancia, el distanciamiento de la distancia, la cadencia del intervalo, la distancia misma”⁵¹. Para Derrida, las mujeres fueron definidas en términos de oposición binaria hombre-mujer, cultura-naturaleza, positivo-negativo, analítico-intuitivo. Afirmar una diferencia de género al estilo de las feministas culturales es volver a la oposición. Romper y subvertir la estructura es afirmar la diferencia total.

Para el feminismo lo atractivo del posestructuralismo tiene dos aspectos, el primero es que parece ofrecer una pluralidad de diferencias por fuera de la identidad de género predeterminada, como la formulada por el patriarcado o el feminismo cultural. El segundo es que teoriza sobre la construcción de una subjetividad contingente pero le plantea el problema de cómo fundamentar una política feminista que deconstruya el sujeto femenino.

De la crítica a la lingüística y a las bases teóricas del análisis de discurso, resultan, al menos, dos cuestiones centrales: la primera cuestión es que el concepto que representa al individuo o sujeto de la lingüística, excluye a las mujeres, sujeto del feminismo, los motivos de su exclusión ya fueron analizados y mencionados en otros lugares⁵². El hecho de que la mujer no fuera representada es una consecuencia de las relaciones de poder que dominaron esos discursos, pero una representación inclusiva resultaría especular a las planteadas tradicionalmente, significaría instalarse en las mismas categorías que fomentaron su exclusión.

⁵⁰ Linda Alcoff, op. cit., pág. 81.

⁵¹ Jacques Derrida, *Spurs*, citado por Alcoff.

⁵² La bibliografía es amplia, se recomienda especialmente la consulta de Judith Butler, op. cit.; se puede consultar también el artículo citado en la revista científica de U.C.E.S.

La segunda cuestión es interrogarse acerca de qué concepto deberá ser el de mujeres para que sean representadas en una teoría lingüística general (no particular, no una lingüística feminista), es decir, qué requisitos debería reunir el concepto mujeres para ser representado como un sujeto del género a través del lenguaje⁵³ y qué modelo de lenguaje debería ser adoptado.

La reflexión que se impone es, en primera instancia, que resulta contradictorio que las mujeres como sujeto deban ser encontradas para su conceptualización dentro del marco ideológico dominante, por lo que deberá operarse entonces una crítica a esos sujetos universales, ubicados por dentro o por fuera del lenguaje y a las teorizaciones que devinieron para producir un espacio diferente.

Luego, habría que entender si le interesa a la lingüística una representación diferente, dentro de un marco plural o de diferencias de género, si así fuera el sujeto feminista, deberá estar construido fuera de los marcos señalados de exclusión. Creemos que no se trata de acomodarse a un sistema de dominación o hegemónico, de tomar a préstamo un lugar, de “hacerse un lugar entre los hechos de la lengua” sino de generar o de producir las condiciones para obtener un espacio legítimo de representación de género y de lenguaje, ya que los sistemas lingüísticos no han dejado en el olvido el lugar que nos corresponde sino que han generado formalmente un lugar de negaciones y exclusiones. No se trataría, entonces de agregar a la ontología de la lingüística el advenimiento de un nuevo sujeto, sino de producir otros marcos para la construcción de una teoría del análisis del discurso a partir de la observación de las prácticas de los diferentes lenguajes. La existencia de este tipo de sujeto es una evidencia que comenzó a ser señalada hace décadas, por lo que el marco que reguló el sujeto de la lingüística queda invalidado. La categoría a la que pertenece el lenguaje no es biológica ni instrumental sino una categoría cultural. Cabe agregar el planteo de R. Magda: cómo puede asumir el feminismo la crisis del sujeto “... ¿desde una perspectiva feminista qué se puede exigir de una teoría del sujeto para que éste resulte operativo respecto de sus fines?”⁵⁴ (...) “No se trataría de afirmar que: si no hay identidad ontológica entonces la práctica reivindicativa es imposible, sino de constatar que: precisamente porque hay lucha reivindicativa, se genera una identidad operativa.”⁵⁵ Sigue resultando un problema la brecha entre la investigación empírica y la construcción teórica.

⁵³ Sobre el cuestionamiento a la noción de sujeto del feminismo y su representación ver Judith Butler “Sujetos de sexo/género/deseo” en Revista *Feminaria*, X, 19, junio de 1997.

⁵⁴ Rosa María Rodríguez Magda, *Foucault y la genealogía de los sexos*, Barcelona, coedición de Anthropos Editorial de Barcelona y Universidad Autónoma Metropolitana de México, 1999.

⁵⁵ Rosa María Rodríguez Magda, *op. cit.*, pág. 127.

Bibliografía

Alcoff, L., "Feminismo cultural versus posestructuralismo: la crisis de identidad en la teoría feminista", en *Un nuevo saber. Los estudios de mujeres*, editado por Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson, Tomo IV: Nuevas direcciones, Bs. As., FCE, 2001.

Benveniste, E., "Semiología de la lengua", en *Problemas de lingüística general*, México, S.XXI, 1978, tomo 2.

Bernhardt, F., "El lugar de la mujer", en Revista Científica, U.C.E.S., Dpto de investigaciones, Volumen VII, N° 1, Otoño 2003.

Butler, J., "Sujetos de sexo/género/deseo", en Revista *Feminaria*, X, 19, junio de 1997.

Ciamberlani, L. y Zerrillo, S., "Las lecturas de la semiótica en torno a la cultura y la comunicación", Documento de cátedra de Semiótica de los medios II, Bs. As., Fac. de Ciencias Sociales, U.B.A., 1989.

Cross, E., "El sujeto cultural", *Sociocrítica y psicoanálisis*, Bs. As., Corregidor, 1997.

De Saussure, F., *Curso de lingüística general*, Bs. As., Losada, 1984, p. 57.

F. Récanati, *La transparencia y la enunciación*, Bs. As., Hachette, 1981, p. 16.

Feminaria, Año XIII, N° 24/25, noviembre de 2000.

Filinich, M. I., *Enunciación*, Bs. As., Eudeba, 1998.

Fontanille, J., "El giro modal en Semiótica", en *Morphé 9/10*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1994.

Foucault, M., *El orden del discurso*, Bs. As., Tusquets, 1992 (4ª edición).

Fowler, R. y otros, *Lenguaje y control*, México, F.D.C.E., 1983.

Greimas, A. J., *La enunciación, una postura epistemológica*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, Cuadernos de Trabajo 21, 1996.

Navarro, M. y Stimpson, C., *Un nuevo saber. Los estudios de mujeres*, Bs. As., F.C.E., 1998, 1999, 2000, 2001.

Parret, H., "Decir las propias pasiones", en *De la semiótica a la estética. Enunciación, sensación, pasiones*, Edicial, Bs. As., 1995.

Parret, H., *La enunciación y su puesta en discurso*, Cruzeiro Semiótico n° 6, 1987, mimeo.

Rodríguez Magda, T., *Foucault y la genealogía de los sexos*, Barcelona, coedición de Anthropos Editorial de Barcelona y Universidad Autónoma Metropolitana de México, 1999.

Tannen, D., *Género y discurso*, Barcelona, Paidós, 1996.

Violi, P., "Sujeto lingüístico y sujeto femenino", en *Feminismo y teoría del discurso*, Madrid, Cátedra, 1990, Giulia Colaizzi ed.